

# ESAS ACCIONES QUE NOS SOSTIENEN: LA NATURALEZA COMO “OTRO”

Ligia Calderón Verástegui

Estudiante de la especialidad de Comunicación para el Desarrollo



Foto: Sandra Pereda Burga



Foto: David Hermoza Bocanegra

Estamos viviendo en época de alarma ecológica. El clima ha cambiado, las personas muestran mayores deficiencias físicas para afrontar las enfermedades y tenemos menos fuentes o recursos ecológicos para nuestra subsistencia. Al parecer hay problemas coyunturales que llaman nuestra atención y por la cual pasamos del conocimiento al olvido.

Sabemos que el mundo natural ya no está funcionando del mismo modo en el poco tiempo de civilización que tenemos<sup>1</sup>. Por ello, ahora quisiera llamar la atención sobre el concepto de acción, la acción fuera del sesgo rutinario y olvidado que tenemos. A su vez, voy a mirar cómo esta acción está íntimamente ligada al de la concepción de otro. El entendimiento de los fenómenos sociales y ecológicos tienen cosas en común que cabría ahora rescatar. Muchas veces se ve que el concepto de acción esta derivada de nuestra intencionalidad; en éste sentido quiero enfocar la actitud pro-ecológica desde la perspectiva de la consideración del “otro”. La ecología como otro.

¿Quién es el otro al que estamos acostumbrados a referirnos? La problemática del reconocimiento se ha visto sostenida en un hecho fáctico: la producción de comunicación. La comunicación ha sido considerada causa y/o consecuencia de los procesos sociales y por ello, el segundo plano de la actividad investigativa en líneas de comunicación. Siendo ella el primer paso para el proceso de socialización, el conjunto de otros desconoci-

dos permiten formar un espacio, un vínculo. Éste concepto tiene que ver tanto con el modo en que se presentan los actores sociales como las acciones que determinan el devenir del encuentro: la consecuencia.

Uno de los problemas de base ha sido el modo en que generamos el conocimiento que nos hace sujetos de estar o sujetos vivientes. La formación de un conocimiento personal incluye de modo paralelo el conocimiento del otro, de personas que dialogamos y como seres dialógicos formamos cultura. La cultura es un amplio conjunto de significados; una urdimbre de intersubjetividades. Pero la presentación de las personas, en los encuentros interpersonales o masivos de comunicación, es el resultado también de dos procesos, que Foucault señala en una de sus clases sobre la hermenéutica del sujeto, y es que: “siempre se trata de ignorancia y memoria, y que esta última es precisamente lo que permite pasar de la ignorancia a la no-ignorancia, de la ignorancia al saber, habida cuenta de que por sí misma la ignorancia es no capaz de salir de sí.”<sup>2</sup>

Dada la interrelación entre el conocimiento y el desconocimiento, Foucault sostiene que el conocimiento de sí mismo se da por la pregunta que remite a una ignorancia y que es imposible de ser entendida sin tomar en cuenta la relación a los otros sujetos, dado ello el hombre “tiene que constituirse como sujeto, y en ello debe intervenir el otro,”<sup>3</sup> en brindar la dosis para el descubrimiento del mundo

y el descubrimiento de sí mismo en ese proceso. Tal parece que la interrelación no ha sido tomada completamente a conciencia por los actores sociales, y que los organismos de convivencia común y política han generado una lejanía entre unos y otros. Esto se ve reflejado en las acciones cotidianas. Muchas veces esperamos que el gobierno, las entidades públicas o privadas “hagan algo” para resolver los problemas. Pero todo esto no es sino echar la carga a alguien más; ese alguien más inexistente. Cada uno de nosotros somos el alguien más de un desconocido, o incluso de un conocido. Con tantas personas en el mundo, ¿acaso debiéramos conocernos los unos a los otros para tener esquemas de acción colectiva? La respuesta es una realidad: la indiferencia por la acción que se gesta en la indiferencia por la consideración (o falta de consideración) de la presencia del “otro”. El temible individualismo que reorienta el sistema de conocimiento que menciono líneas arriba.

El conocimiento del otro que es base del conocimiento de uno, y la necesidad de tomar en cuenta la ignorancia para hacernos preguntas, que deriva en la memoria conjunta en la búsqueda de soluciones o de simple convivencia. Lastimosamente, ahora vemos a un conjunto de anónimos como parte del contexto, que no se justifica por nuestra cantidad sino por la calidad de convivencia que hemos generado.

## Lo natural de la naturaleza

Qué es lo natural de la naturaleza sino estar ahí. Tal como define Heidegger al hombre: Dasein (ser-en-el-tiempo). Pero la presencia no basta. Se ha visto la necesidad de la acción ligada a la presencia entre las personas, cabe discernir el concepto de acción para el hombre por parte de la naturaleza. Parece estar muy cerca, no es sólo el espacio, el piso o el lugar, sino el que interviene y modifica los contextos sociales por los cuales nos generamos como textos sociales. ¿No sería “lo natural”, entonces, un actor más en las relaciones humanas?

Lo natural en la naturaleza es la incapacidad de hablar, de ser hombre. Eso no resta el espacio que tiene ni la importancia que merece. Si existe presencia de personas que siguen luchando por ser escuchadas, dónde se queda el otro que no puede hablar. Ya se ha mencionado la importancia que genera el otro en la conformación de uno, por la que cada persona puede conocerse y puede conocer el cómo de su actitud frente a la vida. La ignorancia entonces no reside en el desconocimiento sino en la falta de memoria por darse cuenta de la presencia de más actores en un mismo lugar compartido; es cuestión de mirar.

La naturaleza tal vez no puede emitir voz, pero eso no le resta la capacidad de manifestarse: de comunicar. Creo es bastante claro pues se manifiesta con la formación de un agujero negro, con la cantidad de tierras infértiles y el creciente número de animales en extinción. Es, poéticamente hablando: el grito del mudo que es parte del espacio; es el espacio, es el que forma y conforma nuestros cambios, nuestras necesidades, nuestras riquezas y es el que ha sido ignorado por nuestra historia de “civilización”.

## El problema actual: ¿lo ecológico?

Generalmente se habla de un cuidado al medio ambiente; un tema de bases paternalistas. La protección es tomar con cuidado, es brindar oportunidad al “menor” que necesita asistencia. Pero ¿es acaso sólo un cuidado o es un asunto de respeto? Hay un concepto que podría ayudar a definir éste nuestro papel en el contexto de la degradación ecológica y es el concepto de responsabilidad. Una responsabilidad basada en la ética, como “la preservación de la vida, su dignidad y la prevención de aquello que pueda afectarle una ética heurística que busca señalar aquello que se debe evitar, más que el bien que se puede hacer.”<sup>4</sup>

Es, ante ello, lastimoso contar que la ecología mundial sufre desde hace unos años de una grave enfermedad; le inyectamos un virus que no podemos aún controlar: la indiferencia. Fue un largo proceso de civilización que empezó con el individualismo que ahora vemos convertido en egocentrismo. Es un virus generalizado porque ha afectado tanto nuestras relaciones humanas como nuestra relación con el mundo que nos rodea el mundo del que somos parte y del que creemos que nos pertenece. ¿La indiferencia y el apego a la ignorancia del “otro” es sólo un criterio ecológico? Las constantes disyuntivas sociales y personales demuestran que no. El conocimiento de la presencia no es suficiente, sino que el terrible acceso a la competencia entre unos y otros le ha sustraído la “calidad” a los encuentros humanos, y que el resultado de eso es la venda en los ojos puesta adrede por manos particularistas: nuestras manos. Tales problemas humanos tal vez no resuelvan los problemas ecológicos, pero al menos nos permiten entender la dinámica que llevamos a cabo y la forma en que “lo natural de la naturaleza” puede reaccionar.

## La naturaleza está viva

Muchas personas están de acuerdo en que el compromiso con el cuidado de la naturaleza es una obligación, sin embargo no es ahí donde se encuentran las actitudes morales válidas. Como se-

1 La civilización es muy corta en comparación al tiempo evolutivo de la especie, y aún más al de la generación de vida en el planeta.

2 Foucault, Michael La Hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France (1981-1982). Fondo de cultura económica, México, 2002. P. 132

3 Oc cit. P.133

4 Cfr. Rizo-Patrón, Rosemary. Bioética, ciencia y tecnología en Debates de ética contemporánea. Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú, 2007. P.310

ñala Nietzsche, la historia se ha visto plagada de teorías sobre la culpa y la obligación como fruto de ese “temor religioso”:

“(…) en el derecho de las obligaciones es donde tiene su hogar nativo el mundo de los conceptos morales «culpa», «conciencia», «deber», «santidad del deber», -su comienzo, al igual que el comienzo de todas las cosas grandes en la tierra, ha estado salpicado de profunda y largamente con sangre.<sup>5</sup>” Sin embargo, la obligación moral no es un compromiso: es una opresión. El pesar que afecta la libertad del hombre es saber que “tiene que” hacer algo, en vez de considerar la presencia del otro como parte de su propia configuración. Tal es un tema de conceptos que no todos compartimos. Presentar entonces la naturaleza del otro es asumir que no es algo alejado, que ni siquiera es un algo desprendido de la figura personal. El concepto de cultura que atribuye a las redes de conocimiento social no es posible si, en su gestación, se concibe el intercambio de ideas que han confluído y aun hoy siguen confluendo en una sociedad.

En todo caso, si el propósito moral y la responsabilidad ética no se halla en la obligación ¿dónde está? Sería necesario hacer una inspección hermenéutica al sujeto para ver cómo es que su comprensión es resultado de aportes sociales y que la base de esas interacciones (el lugar de los hechos) es también un actor participante. La naturaleza como tal, no es el mero objeto como se tiende a creer en los postulados ecologistas. Es la actriz silenciosa que espera una porción de respeto.

Siendo la naturaleza parte de nuestro proceso social, ya que modifica el espacio y la forma del contenido de nuestro discurso desarrolla un papel interactivo, y no es un simple objeto al servicio del hombre y aún así, este es un tema que está en los debates sobre el desarrollo:

“La racionalidad occidental choca frontalmente con la concepción de desarrollo a escala humana, la cual entre sus postulados considera que el desarrollo se refiere a las personas y no a los objetos.<sup>6</sup>” Por ello, es que durante muchos años el desarrollo se ha visto estudiado desde los índices económicos. La calidad de la vida de las personas y factores de

extensión cultural no han sido considerados, y con ellos tampoco el estado de la ecología alrededor, o de la capacidad de manejo de los recursos tanto internos como su intervención en ecosistemas de otros países. Tómese de una u otra forma hay un hecho central; el tema del reconocimiento.

Un ejemplo de ello es el modo en que subsisten algunos de los ecosistemas actuales. En los andes, por ejemplo, la naturaleza era un templo que debía ser cuidado y sobretodo respetado. Ésta representación de la cosmogonía andina permite ahora entender cómo subsistió y aun ahora subsiste la vida natural en los andes. Y es ver que si nuestra libertad termina en la del otro, también se amplía por la libertad del otro. Siendo así estamos construyendo esferas aisladas de un comportamiento interactivo a beneficio, es decir que el individualismo hace que el individuo se auto elimine.

El ser humano no es, como se cree, el animal que excede en la tierra, es un animal en vías de extinción. Resultado de actitudes desesperadas, inquietudes individualistas y poco concientes. Estamos en extinción desde que formamos el modo de autodestruirnos masivamente. ¿Se puede llamar autogenocidio? Tiempo y espacio no son solo las coordenadas de fenómenos sociales y configuraciones mentales sino que son parte de la actividad. Actores asumidos como “otros” inaparentes, ni siquiera discriminados (porque la discriminación implica la existencia de “algo” de lo que no se quiere formar parte), no es la acostumbrada indiferencia; aún peor, los invisibles.

Si actualmente estamos en un entramado de discusiones en torno al reconocimiento y protección de las culturas y de los propios seres humanos, análogamente ¿cuánto tiempo habremos de esperar para el reconocimiento ecológico? ¿Cuánto falta para entender que no es sólo espacio, sino actor que configura nuestras redes intersubjetivas y genéticas? No hay entonces una propuesta, sino la esperanza que la muestra de nuestras actitudes pueda aprehender un nuevo desarrollo que, evolutivamente más rápido, genere la recomposición de nuestros actos.

5 Nietzsche, Friedrich. *Genealogía de la moral* Alianza editorial, España, 2006. P. 107

6 Gómez, Luis. *Filosofía del desarrollo y ética ecológica en La filosofía del siglo XX: balance y perspectivas*. Fondo editorial PUCP 2000 P. 727

## BIBLIOGRAFÍA

- FOUCAULT, Michael *La Hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France (1981-1982)*. Fondo de cultura económica, México, 2002.
- GÓMEZ, Luis. *Filosofía del desarrollo y ética ecológica en La filosofía del siglo XX: balance y perspectivas*. Fondo editorial PUCP 2000
- NIETZSCHE, Friedrich. *Genealogía de la moral* Alianza editorial, España, 2006.
- RIZO-PATRÓN, Rosemary. “Bioética, ciencia y tecnología” en *Debates de ética contemporánea*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú, 2007
- VILLARROEL, Raúl. “Ética y Medio Ambiente. Ensayo De Hermenéutica Referida Al Entorno” en *Revista de Filosofía* Volumen 63. Universidad de Chile. 2007